

Thomas Merton

El clima de la oración monástica



Prólogo de Sarah Coakley



Desclée De Brouwer

THOMAS MERTON
Prólogo de Sarah Coakley

EL CLIMA DE LA
ORACIÓN MONÁSTICA



DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2019

Edición original inglesa:

The Climate of Monastic Prayer

© 2018, Liturgical Press, Saint John's Abbey, Collegeville,
Minnesota, USA.

Traducción española:

Fernando Montesinos Pons

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2019

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com



EditorialDesclee



@EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3030-6

Depósito Legal: BI-BI-172-2119

Impresión: Grafo S.A. - Basauri

Espiritualidad en tiempos de cambio

La ola es el mar

Descárgalo gratis en edesclée.info con el código:

ESPIRITUALIDAD3030

CON PROFUNDO AFECTO Y SINCERO RESPETO,
LOS EDITORES DEDICAN ESTE, SU ÚLTIMO LIBRO,
A LOUIS THOMAS MERTON (1915-1968)

«... y otros que habrán de venir».

«El que anda a oscuras y carece de claridad confíe en el nombre de Yahvé y apóyese en su Dios».

—Isaías 50,10

«Les daré corazón para conocerme, pues yo soy Yahvé, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, pues volverán a mí con todo su corazón».

—Jeremías 24,7

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN.....	19
I	31
II	35
III	43
IV	49
V	55
VI	61
VII	67
VIII	73
IX	79
X	83
XI	93
XII	101
XIII	105
XIV	111

XV	127
XVI	137
XVII	147
XVIII	149
XIX	159

PRÓLOGO

Este es un momento oportuno e importante para reconsiderar la relevancia de *El clima de la oración monástica*, de Thomas Merton, que volvemos a reeditar aquí cincuenta años después de la preparación original para su publicación en 1968.

Este fue el último manuscrito que Merton elaboró justo antes de su famoso «Diario de Asia» de 1968, que terminó con su muerte accidental por electrocución en un hotel de Bangkok el 10 de diciembre de ese año. El manuscrito, según parece, fue enviado a los editores de la nueva serie de Estudios Cistercienses en Kalamazoo no mucho antes de la partida de Merton a Oriente. También iba a ser publicado por Herder & Herder con un título diferente (*La oración contemplativa*) y, en el momento de la repentina muerte de Merton, se consideraron algunas mejoras editoriales finales –para hacerlo más accesible a los lectores no monásticos–. En realidad, ambas editoriales siguieron adelante en 1969 con el manuscrito tal y como había sido entregado, con una modesta dedicatoria agregada en memoria de Merton en la primera página de la versión de los Estudios Cistercienses

(que aquí se reproduce una vez más)¹. A ambas ediciones se agregó un sorprendente prólogo escrito por Douglas V. Steere, un amigo cuáquero de Merton, que capta de manera brillante el núcleo de las ideas del libro sobre la *grandeza* de la contemplación.

Sin embargo, en medio de todo el entusiasmo y los elogios *post mortem* que siguieron a la muerte de Merton, el significado de esta pequeña joya de libro tal vez se comprendió menos de lo que se merecía. Especialmente la edición publicada con el título *La oración contemplativa* podría inducir a error al lector con respecto a su contenido, ya que no se trata de un manual sobre la oración para principiantes, ni siquiera de un útil resumen de la historia de las diferentes tradiciones de la contemplación cristiana. De hecho, este libro se elaboró a partir de más de un manuscrito anterior², y es probable que sus contenidos no estuviesen diseñados originalmente para los monjes que se encuentran en la etapa del noviciado (como se suele presumir), sino para un público monástico algo más maduro. Con todo, la amalgama final lleva, de principio a fin, las marcas de la asimilación muy *particular* y *personal* de Merton de

1. Como ha explicado Basil Pennington, el «... y otros que habrán de venir» hace referencia a la última comunicación informal de Merton antes de su muerte.

2. Sobre este punto, véase la valiosa información proporcionada por Robert Faricy en «Thomas Merton and Zen»: *The Merton Annual* 9 (1996): 142-51, que nos dice –guiado por Basil Pennington, según él mismo indica– que los capítulos 6-10, 12, 13, 15 y 19 de este libro provienen originalmente de un manuscrito inédito de 1959 (*Prayer as Worship and Experience*), mientras que los capítulos 1-5, 11, 14 y 16-18 conformaban originalmente un manuscrito anterior titulado *El clima de la oración monástica*, que se distribuyó en privado. Sin embargo, el alcance de la modificación final en el momento en que Merton une las dos colecciones permanece oscuro.

las tradiciones monásticas cristianas, tanto orientales como occidentales: implica un recorrido histórico, desde luego, pero dotado de una originalidad selectiva y sintetizadora impuesta sobre él. Las reflexiones sucintas sobre algunas figuras clave en la tradición monástica se combinan con alusiones a todo lo que Merton había aprendido en el pasado –y seguía aprendiendo– de la filosofía existencialista moderna, de la teoría psicoanalítica y de diversas tradiciones de la meditación budista. Además, insiste seriamente a lo largo del libro en que la contemplación no es ninguna escapatoria de la vida social o política a la interioridad individual, sino que conduce precisamente a la vorágine incómoda de las decisiones de carácter político. Y más aún: la necesaria asociación de *liturgia* y contemplación marca, para Merton, el único lugar verdadero en el que la Iglesia puede resistir a los halagos del mundo y a los peligros más sutiles de su propia autosatisfacción. Los párrafos finales de este libro se encuentran entre los más proféticos jamás redactados por Merton: representan su última llamada a la «caridad pura», al auténtico «vacío» de la disposición contemplativa, y a una audaz voluntad de hacer frente a toda ambigüedad sacrificial de esa llamada por el bien del «Reino de Dios».

Merton, según sus propias palabras y según lo que los demás decían de él, tenía una personalidad compleja, difícil y a menudo atormentada que, en sus últimos años en Getsemaní, pasó por las pruebas emocionales e institucionales más severas de su vida monástica. Muchas de esas pruebas estuvieron relacionadas con un cierto avance hacia una mayor paz, que finalmente le fue concedida después de

haber superado la espantosa tempestad de su aventura amorosa con una joven enfermera entre 1966 y 1967³; y resulta tentador buscar en este, su último libro sobre la oración, los signos de tal maduración. Sin embargo, debemos recordar que este libro fue elaborado en gran parte a partir de escritos anteriores, por lo que buscaremos en vano alusiones autobiográficas explícitas a acontecimientos recientes. Aun así, parece emerger en estas páginas una profunda y nueva madurez espiritual, sobre todo en la parte final –aunque no hay ninguna señal obvia del paroxismo erótico que Merton había experimentado recientemente–. En particular, el tratamiento de las dos «noches» en Juan de la Cruz es de una calidad sorprendente en su autenticidad, y regresa repetidamente al tema mertoniano central del temor: «el temor desnudo», que es «indefinido» porque parece denotar un «vacío» completo (p. 138) y, sin embargo –según la interpretación de Juan de la Cruz–, es la única condición en la que el fuego divino y la luz pueden finalmente consumir el alma en su propio amor dominante. Merton había escrito un libro sobre Juan de la Cruz mucho antes⁴, inspirado principalmente por su amistad y sus conversaciones con Jacques Maritain; pero, de alguna manera, dada su relativa inmadurez, quedó patente su fracaso a la hora de captar las enseñanzas de Juan de la Cruz desde dentro. Aquí, en su último libro, escribe inequívocamente como alguien que ha encontrado la segunda «noche del espíritu» en toda su angustiada agonía y que, sin embargo, ha vislumbrado lo que

3. Véase *Learning to Love: The Journals of Thomas Merton*, vol. 6 (1966-67).

4. *The Ascent to Truth: A Study of St John of the Cross* (1951).

yace en ella y a través de ella: no es una escapatoria hacia algún reino de otro mundo, sino una voluntad de «soportar» –como acertadamente dice Douglas V. Steere, citando a William Blake– «los rayos del amor» en un mundo herido.

Merton admite en el último capítulo de este libro que «los auténticos contemplativos serán siempre escasos» (p. 162). Pero, inmediatamente, añade que, con todo, la Iglesia debe mostrarse *siempre* «predominantemente contemplativa» en toda su enseñanza, en su actividad y en su oración. Y esa es la razón por la que este sigue siendo un libro para todos. Sin duda alguna, este se engendró en el interior del «clima de la oración monástica»; ahora bien, la mirada de Merton se dirigió siempre con la misma certeza tanto a los anhelos inquietos del mundo como al reino de sus hermanos monásticos. En este pequeño libro, permítanme sugerirlo, se destila toda la sabiduría que Merton fue encontrando, a lo largo de los años, en la tradición monástica que él había enseñado e intentado vivir –a menudo de forma tan indecisa–. Sin embargo, esta es *su* destilación; y, como tal, representa una interpretación única, idiosincrásica y altamente personal de finales del siglo XX de la llamada a la contemplación, una interpretación que sigue siendo tan reciente y desafiante ahora como en el momento en que se formuló por primera vez.

Sarah Coakley
Cambridge y Ely, cuaresma 2018

INTRODUCCIÓN

El monje es un cristiano que ha respondido a una llamada especial de Dios y que se ha retirado de las preocupaciones más activas de la vida mundana para dedicarse enteramente al arrepentimiento, a la «conversión», a la *metanoia*, a la renuncia y a la oración. En términos positivos, debemos entender la vida monástica, sobre todo, como una vida de oración. Los elementos negativos, la soledad, el ayuno, la obediencia, la penitencia, la renuncia a la propiedad y a la ambición, están destinados a despejar el camino a fin de que la oración, la meditación y la contemplación puedan llenar el espacio creado por el abandono de otras preocupaciones.

Lo que se ha escrito sobre la oración en estas páginas va dirigido principalmente a los monjes. Sin embargo, al igual que un libro sobre psicoanálisis escrito por un analista y dirigido principalmente a analistas también puede (si no es demasiado técnico) atraer a un profano interesado en estos asuntos, un estudio práctico y no académico de la oración monástica debería ser de interés para todos los cristianos, dado que todo cristiano está destinado a ser, en cierto sentido, un hombre de oración.

Aunque pocos tienen el deseo de la soledad o la vocación a la vida monástica, todos los cristianos deberían estar bastante interesados, al menos en teoría, en la oración, de tal manera que puedan leer y servirse de lo que aquí se escribe para los monjes, adaptándolo a las circunstancias de su propia vocación. Ciertamente, en las presiones de la vida urbana moderna, muchas personas hacen frente a la necesidad de un cierto silencio interior y una cierta disciplina simplemente para mantenerse unidas, para mantener su identidad humana y cristiana y su libertad espiritual. Para promover esto, a menudo pueden buscar momentos de retiro y oración a fin de profundizar su vida meditativa. Estas páginas tratan sobre la auténtica naturaleza de la oración, más que sobre algunas técnicas especiales, restringidas a unos pocos. Por consiguiente, lo que se dice aquí es aplicable a la oración de cualquier cristiano, aunque quizá con un menor énfasis en la intensidad de ciertos procesos, más propios de la vida en soledad.

La oración monástica es, ante todo, esencialmente sencilla. En el monaquismo primitivo, la oración no era necesariamente litúrgica, aunque la liturgia pronto comenzó a ser considerada como una especialidad de los monjes y los canónigos. En realidad, los primeros monjes en Egipto y Siria tenían solamente una liturgia muy rudimentaria, y su oración personal era directa y simple. Por ejemplo, leemos en los dichos de los padres del desierto¹ que un monje le preguntó a san Macario cómo rezar. Este último respondió: «No es necesario emplear muchas

1. *Apotegmas*, 19, P.G. 34:249.

palabras: bastará con levantar las manos al cielo, y decir: Señor, ten piedad de mí como tú deseas y como bien sabes. Y, si el enemigo te presiona mucho, di: Señor, acude en mi ayuda». En las *Conferencias sobre la oración* de Juan Casiano², los primeros monjes hicieron mucho hincapié en la oración simple formada por frases cortas extraídas de los Salmos o de otras partes de las Escrituras. Una de las que se emplea con más frecuencia es *Deus in adjutorium meum intende*, «¡Sálvame, oh Dios!»³.

A primera vista, uno podría preguntarse qué tienen que ver unas oraciones tan sencillas con una vida de «contemplación». Los padres del desierto no se imaginaban a sí mismos, en un principio, como seres místicos, aunque de hecho a menudo lo eran. Procuraban no ir en busca de experiencias extraordinarias y se contentaban con luchar por la «pureza de corazón» y por el control de sus pensamientos, con mantener sus mentes y sus corazones vacíos de cuidado y de preocupación y, de este modo, olvidarse completamente de sí mismos y dedicarse por completo al amor y al servicio de Dios.

Este amor se expresó, ante todo, en amor por la palabra de Dios. La oración se extraía de las Escrituras, especialmente de los Salmos. Los primeros monjes no solo consideraron el salterio como una clase de compendio de todos los demás libros de la Biblia, sino como un libro de una eficacia especial para la vida ascética en el que se revelaban los movimientos secretos del corazón en su lucha contra

2. *Conferencia X*.

3. Salmos 69,2.

las fuerzas de la oscuridad⁴. La «batalla de los Salmos» se interpretaba siempre en referencia a la guerra interior con la pasión y con todos los demonios. La meditación era, sobre todo, *meditatio scripturarum*⁵. Ahora bien, no debemos imaginarnos que los primeros monjes se dedicaron a una «meditación» intelectual y analítica de la Biblia. Para ellos, la meditación consistió en hacer suyas las palabras de la Biblia, memorizándolas y repitiéndolas, con una concentración profunda y sencilla, «desde el corazón». Por esa razón, el «corazón» pasa a desempeñar un rol central en esta forma primitiva de oración monástica.

Le pidieron a san Macario que explicara una frase de un salmo: «Sea grata la meditación de mi corazón delante de ti». Él presentó una de las primeras descripciones de esa «oración del corazón», que consistía en invocar el nombre de Cristo con una atención profunda, en el fundamento mismo del ser, esto es, en «el corazón», considerado como la raíz y la fuente de la verdad interior de cada uno. Invocar el nombre de Cristo «en el corazón de uno» equivalía a invocarlo con la más profunda y ferviente intensidad de fe, manifestada por la concentración de todo el ser en una oración despojada de todo lo no esencial y reducida a nada más que la invocación de su nombre con una simple petición de ayuda. Macario dijo: «No hay meditación más perfecta

4. San Anastasio, *Ep. ad Marcellinum*.

5. Cf. Dom Jean Leclercq, *Love of Learning and the Desire of God*, Fordham University Press, Nueva York 1961, capítulos I y IV (trad. esp.: *El amor a las letras y el deseo de Dios: introducción a los autores monásticos de la Edad Media*, Sígueme, Salamanca 2009).

que el bendito y salvador nombre de nuestro Señor Jesucristo morando sin interrupción en vosotros, tal como está escrito: “Como golondrina clamaré y como tórtola meditaré”. Eso es lo que hace el hombre piadoso que permanece constantemente en el nombre de nuestro Señor Jesucristo»⁶.

Los monjes de las Iglesias orientales en Grecia y Rusia han usado durante siglos un manual de oración denominado la *Filocalia*. Se trata de una antología de citas procedentes de los padres monásticos orientales desde el siglo III hasta la Edad Media, todas ellas relacionadas con esta «oración del corazón» u «oración de Jesús». En la escuela de la contemplación hesicasta, que prosperó en los centros monásticos del Sinaí y del monte Athos, este tipo de oración se elaboró con una técnica especial, casi esotérica. En el presente estudio no entraremos en los pormenores de esta técnica, que, en ocasiones (de manera bastante irresponsable) se ha comparado con el yoga. Únicamente pondremos de relieve la simplicidad esencial de la oración monástica en la primitiva «oración del corazón», que consistía en el recogimiento interior, el abandono de los pensamientos que distraen y la humilde invocación del Señor Jesús con palabras de la Biblia con un intenso espíritu de fe. Esta práctica sencilla se considera de crucial importancia para la oración monástica de la Iglesia oriental, dado que se cree que el poder sacramental del nombre de Jesús trae el Espíritu Santo al corazón del monje que ora. Un típico texto tradicional dice:

6. De Amelineau, citado por Resch en *Doctrine Ascétique des Premiers Maîtres Egyptiens*, 151.

Un hombre se enriquece por la fe, y si quiere por la esperanza y la humildad, con las que él apela al dulcísimo nombre de Nuestro Señor Jesucristo; y se enriquece también por la paz y el amor. Porque estas son verdaderamente tres ramas del árbol dador de vida plantado por Dios. Un hombre que lo toca a su debido tiempo y que come de él, como corresponde, conseguirá una vida sin fin, eterna, y no la muerte, como Adán... Nuestros gloriosos maestros... en quienes vivía el Espíritu Santo, nos enseñan sabiamente a todos nosotros, sobre todo a los que desean abrazar el campo del silencio divino (es decir, los monjes) y consagrarse a Dios, habiendo renunciado al mundo, a practicar el hesicasmo con sabiduría, y a preferir su misericordia con una esperanza impávida. Estos hombres tendrían, como práctica y ocupación constantes, la invocación de su más dulce y santo nombre, llevándolo siempre en la mente, en el corazón y en los labios...⁷.

En la práctica de mantener el nombre de Jesús siempre presente en el fundamento mismo del ser se encontraba, para los antiguos monjes, el secreto del «control de los pensamientos» y de la victoria sobre la tentación. Eso acompañaba al resto de actividades de la vida monástica, imbuyéndoles de la oración. Fue la esencia de la meditación monástica, una modalidad especial de esa práctica de la presencia de Dios, la que san Benito, a su vez, convirtió en la piedra angular de la vida y de la meditación monásticas. Esta práctica básica y sencilla pudo, por

7. Kadloubovsky y Palmer, *Writings from the Philokalia on Prayer of the Heart*, 172-173.